



El Convento de Santa Clara

LAS PAREDES.

Y un día la vieja puerta del convento se abrió al mundo y a la curiosidad de los hombres; el patio, el claustro, la iglesia, los amplios corredores monacales, quedaron desiertos y abandonados...

Y las altas tapias, que aislaban la santa morada donde las monjitas vivieron para el amor y el servicio de Dios, en la paz y austeridad del monasterio secular, dejaron de ser las murallas infranqueables de la fuerte torre de "Insigne Pobreza" que ganan las almas en el renunciamento, en el amor infinito, en la humildad penitente y en la Santa Obediencia.

Y aquellas piedras vetustas, aquellas recias y espesas paredes, dulcísima cárcel de amorosas ovejas y amparo y refugio divino, ocultaban a la ciudad moderna, febril, agitada, un rincón de paz, un remanso dormido en el tiempo; en el tiempo que no ha pesado nunca sobre el corazón de las monjitas para quienes la vida solo es un anhelo que lleva a Dios y a la muerte, ese jardín azul donde florecerán los lirios de la eterna pureza.

Muy pronto los obreros traerán aquí sus maquinarias y su dinamita y los muros que levantaron los viejos obreros se desplomarán para siempre.

Sobre el polvo de un pasado de tres siglos, sobre la poesía de estas piedras que encierran tantos recuerdos plenos de hermosas tradiciones, un nuevo "rascacielo" levataremos nosotros, los hombres prácticos, los hombres de estos tiempos asombrosos; un soberbio edificio alto, muy alto, que se enhieste triunfante sobre este mundo de algarabía y de bullicio que no turbó el silencio del claustro y que apenas adivinaban las clarisas tras los espesos enrejados de las celosías.

EL CONVENTO.

Ha enmudecido la campana que llamaba a la oración; ya no resuenan los pasos de las monjas de Santa Clara de Asís, cuyas formas vagas se pierden a lo lejos en los largos corredores; ya no rozan sus hábitos de estameña los peldaños gastados de las viejas escaleras de madera.

Ya no hay rumor de rezos, ni cánticos en alabanza del Señor.

El convento abrió sus puertas al mundo. Una turba de obreros transita por el patio; clavetean los carpinteros en la capilla, los visitantes se asoman maliciosos a las celdas solitarias y recorren las viviendas interiores reconstruyendo la intimidad de las hermanas.

Pero estas blancas paredes monacales que hablan de pureza y mansedumbre ponen paz en el corazón de los curiosos y las rosas que cultivaban las manos piadosas de las monjitas que envejecieron a la sombra de éstos árboles, dicen también de amor y de reposo...

Los obreros entran y salen apresurados; resuenan las voces y el choque de los martillos interrumpe el largo silencio conventual; sin embargo, perdura en el monasterio un encanto de beatitud y de gracia franciscana y en la casa que fué del Señor, el perfume suave de sus "florecillas"...

Una santa fragancia del místico huerto de San Damián, que cuidaba la Virgen de Asís; santa fragancia de los lirios que amaba, por que simbolizan pureza; santa fra-

gancia de las violetas, porque son la Humildad que ansiaba el "Povello" con Dama Pobreza; santa fragancia de las rosas abrasadas porque dicen del amor de Dios, y del amor de Dios en sus criaturas.

A las seis de la tarde en el viejo convento emana una paz de vida desvanecida, una vida buena, sin afán, una tristeza callada que calma y consueta como una caricia que en la poesía soñolienta de la hora en recogimiento, bajase del cielo.

De lo más recóndito del alma, llena de la melancolía de la tarde, brota una plegaria... un anhelo, vago, inefable.

"Solví los pecadores que yacen
(enredados
Da lume a los ciegos los que an-
(dan errados
Tuelli de nos los males que nos tie-
(nen trovados
E ganamos los cienes de qui somos
(menguados.)"

EL RECUERDO.

Apenas traspasamos los umbrales del monasterio nuestra fantasía, va tramando mil enredos de cosas imaginadas; historias sentimentales. ingenuas, que soñamos y que vemos desarrollarse en las sombras del tiempo, arrojando sobre las piedras ennegrecidas el lino milagroso de las ruecas que teje el ensueño; historias de santos, que sabemos desde niños; leyendas de milagros y de santidad...

¡Sor María, Sor Carmen; pálida y triste madre Santa Inés!

Al recorrer la vieja casa conventual, vuestro recuerdo, jamás nos abandona, y os vemos pasar a lo lejos, fantasmas que invoca un tierno conjuro, graves, austeras, silenciosas, con vuestros hábitos de pureza, baja la cabeza penitente, las tallas de marfil de vuestras manos sobre el pecho casto; bordando en la quietud de las celdas desoladas, las flores de los paños de un altar; de hinojos en la capilla desierta; en la sombra, recorriendo extáticas y absortas las cuentas descoloridas del rosario, hojeando las páginas amarillentas y gastadas de un misal...

Dejáis una huella de poesía inexpressable, de gracia primitiva, de ri-

sueño candor; un santo olor dormido, que el alma recoge, de cirios y de incienso. Una visión ideal, de vida inmóvil y piadosa, de belleza inefable, de mística frescor...

LA SOMBRA DE LA CONDESA DE MERLIN Y DE LA MADRE SANTA INES.

En este convento, por estos corredores que ahora nos pertenecen, por estos patios florecidos, junto a este pozo, donde antes cantaba la hermana Agua y asomaba su rostro lívido y sereno, en las noches tropicales, Sor Luna; en el cementerio clausurado, bajo el árbol carcomido y centenario bajo esta tierra húmeda y verde que antes guardaba en su seno los cuerpos vírgenes de las religiosas, dejó imborrable memoria, María de las Mercedes Santa Cruz y Cárdenas.

Aquí sintió la primera amargura, el primer dolor de su vida... Aquí viene más bien por la fuerza que por grado; aquí la deposita la solitud amante de su abuela y de su padre, que parte a España...

Apenas cuenta nueve años la que fué mas tarde, célebre escritora; al oír el chirrido inquietante de las puertas que se cierran a su paso, las lágrimas se agolpan en su ojos, y su congoja es la del pájaro que preso en estrecha jaula, mira el cielo diáfano, azul, que le ofrece a través de los fierros dorados de su prisión, la libertad ansiada.

Su tía es la abadesa del convento; las monjas la colman de agasajos y de mimos; la regalan con dulces y golosinas, cuelgan de su cuello escapularios benditos, bordados primorosamente, la ofrecen saquitos perfumados, son tiernas, amables y aun la dicen al oído halagos y lisonjas.

Y las novicias sonríen y se alegran al verla llegar como un rayo del sol que caliente y dora los muros allende el monasterio.

No, aquellas ventanas altas, cubiertas con planchas de hierro que oscurecen la luz, aquellos muros tan espesos que rodean el monasterio, aquel vivir pausado, sujeto a una disciplina severa, pesan como una condena terrible en el alma infantil de Mercedes que llora lejos de "mamita", la anciana de cabe-

llos blancos partidos en dos.—rodeada del respeto y del cariño—, figura noble y simpática que evoca mas tarde la Condesa de Merlín al hablar con conmovedora ternura de "sus ojos azules de dulzura angelical", de "sus facciones finas y delicadas" que descubrían toda entera su alma por una expresión indecible de calma y benevolencia habitual; "siempre vestida de blanco" y tan prolija en su tocado, que llegaba la noche sin notarse la mínima alteración, ni en su peinado, ni en los pliegues de su vestido."

Lejos de aquellos brazos, lejos de su familia, donde "nadie tiene derecho de tratarla con severidad", Mercedes descubre que no es la vida fiesta prolongada y que hay amargura en toda alegría...

Y un secreto impulso de simpatía, de afinidad en el dolor, la conduce al lado de una monja joven de mirada melancólica y resignada, muy pálida y de aspecto pensativo, que siempre se mantiene a distancia, apartada de las demás. Es la hermana Sor Inés. Mas tarde, la Condesa de Merlín, que ya no olvidará jamás a la dulce monjita infeliz y contará en un libro su romántica historia.

¡Pobre hermana Sor Inés!

Su recuerdo no se borrará nunca, estrechamente unido a la ilustre escritora cubana y a las peñas de este monasterio, cuyo campanario elevándose sobre la ciudad colonial reconoce temblando de emoción la Condesa al volver a Cuba tras largos años de ausencia, y le parece distinguir en el aire, "sosteniéndose allí como una nubecilla la imagen de Sor Inés con su rostro pálido y sus grandes ojos negros."

Mercedes posee una voluntad decidida, un temperamento ardiente y firme. Concibe el plan de burlar aquella cárcel de santidad que cada día se le hace más enojosa.

Su tía, la Reverenda Madre Abadesa, vela por ella, regodeándose con la esperanza de hacerla religiosa.

La aparta con dulce severidad de aquella monjita triste y callada.

Pero a pesar de las reconvencciones de la Madre Abadesa, apesar de la vigilancia de la negra Dominga que la conduce de noche por los

corrédos oscuros, que apenas alumbraba a trechos la luz temblorosa y moribunda de las lamparillas, la busca, la sigue, la encuentra en su celda, siempre triste, siempre solitaria.

Sor Inés posee el secreto que ha de devolverle la libertad suspirada...

En el coro, en el lugar destinado para la comunión de las religiosas a tres pies de altura, hay una abertura en el muro, cerrada por dos puertas.

Las puertas no tienen llave y nadie en el convento conoce el secreto.—“Cuando seas feliz, le dice Sor Inés, no me olvides.”

Y la niña, con ánimo firme y templado, gana la puertecilla, bulle por las calles desiertas e intransitadas y llega sin tropiezos gozosa y triunfante, a casa de “mamita”, que no sabe reprenderla, sino estrecharla en sus brazos, con aquel asombro y alegría que hizo saltar con gestos extravagantes de júbilo, en el zaguán al negro viejo Salvador, el antiguo y fiel sirviente de “mamita”.

LA HABANA ANTIGUA. LA HABANA EN EL SIGLO XVII.

Encerrada en el monasterio guardaron las monjas como una reliquia del pasado, una calle angosta y tortuosa, una casa y un mesón.

Lector: han pasado ya tres siglos... Inclínate ante estas paredes firmes, centenarias, impenetrables que saben nuestra historia; que el tiempo ha respetado, rodeándolas de misterio, de esa belleza que patinan los años, acumulando recuerdos, sentimiento, carácter...

LA CASA DEL MARINO.

Y aquí florece la leyenda.

Cuenta la tradición que un rico capitán de corsarios vivió en esta casa con su hija única, moza honesta, discreta y gentil. Aquel hombre avezado a los trabajos y fatigas de la mar, duro de carnes y duro de alma, a quien nunca confundiera ni alterase el impetu de los mares enfurecidos, las quejas y los ruegos de las víctimas que apresaba y despojaba en las refriegas y en los saqueos, solo conoció un amor grande, intenso, capaz de dominarle y de vencerle.

Sin otro ser a quien amor y que le amase, que aquella criatura tan frágil y tan bonita, entre sus manos peludas y renegridas, que rozaba con deliciosa zalamería sus mejillas ásperas, tostadas por el sol y curtidas por las olas, el capitán dióse a vivir en paz y sosiego, entregado en cuerpo y alma al amor de la pequeñuela que ya iba siendo doncella y se abría como una fresca rosa en la que cifraba todas sus alegrías y esperanzas.

Mas ¡ay! que el Señor fijó sus ojos en ella, y eligió para esposa la moza del corsario y tocándola con su divina gracia, llamóla al redil de sus ovejas...

El capitán no quiso contrariar la vocación que despertaba en el alma de su hija; eran aquellos tiempos en que la fé resplandecía dominando por entero las conciencias de los hombres. Entoncés el rufián, el más encanallado bellaco y desalmado hampón que roba a mansalva, viola y quebranta, se postraba de hinojos a los pies del Nazareno con igual fervor intenso que el hijo-dalgo que lleva en sus venas sangre de reyes. Había en todo español, “una columna y firmamento de la religión”, y el marino creyente, acogió resignado la voluntad divina que bendice; sin un reproche, la decisión irrevocable de su hija.

Reprime el dolor que le traspasa el pecho, y un día, sofocando sus sollozos, como un niño, por vez primera, diéron lágrimas sus ojos al verla partir, perderse para siempre, oculto el rostro con el velo tupido, vestido el blanco hábito de las clarisas.

Y aquel hombre bravío, que había resistido todas las fatigas, la violencia, la furia del mar y de los vientos, aquel hombre impasible a todos los horrores y peligros, que nunca había probado la amargura de las lágrimas, no tardó en sucumbir al pesar de una ausencia eterna, irreparable.

Se desplomó vencido, deshecho: el frío de la soledad heló su pecho, antes abrasado de ternura; la pena lentamente minó aquel cuerpo robusto, aquel pecho recio, amplio, vigoroso, templado y bruñido al sol y al sereno.

Murió de tristeza, solo; adivinando en los cantos de las monjas la voz de la hija muerta para su cariño, atisbando, rondando las tapias del convento, alargando los

brazos enflaquecidos a aquella sombra adorada, que solo había de encontrar a las puertas del cielo, cuando intercediendo junto al Señor, obtuviera un perdón a sus pecados.

Legó a su hija la gran fortuna que acumuló en su azarosa carrera; y ella quiso conservar para toda la vida aquella casa donde creciera en el inmenso cariño y cuidado del antiguo corso.

Al cumplir tan piadoso deseo, la monja rodeando de muros la casa paterna, incluye el pedazo de calle que tanto lo recordaba y aquí venía a rezar por la salvación de su alma; a evocar los días de plácido encanto... en que el marino hacía-dola saltar sobre sus rodillas la refería historias portentosas mientras con sus manitas tenues golpeaba riendo las mejillas ásperas, curtidas por las olas y el sol...

EL MESON.

Lector... ¿has andado por los pueblos de España?

¿Has atravesado la llanura de Castilla; aquellos campos yermos, solemnes, áridos, de trágica belleza; y llegaste, romántico viandante, a las puertas de Toledo, y tras errar por la ciudad moruna, topaste aquella posada de la sangre, de aspecto sombrío y destartado, con sus aleros salientes, su tosco corredor voladizo, ya famosa en tiempos de Cervantes y donde una lápida de mármol consagra al manco inmortal, la gratitud de los toledanos...

“Este fué el Mesón sevillano donde según la tradición y la crítica escribió la Ilustre Fregona” el mayor de los ingenios españoles.”

Aquí hallarás, lejos de España, el mismo mesón castizo del siglo XVI, el mesón de las novelas picarescas, que tantas veces encontraste en tu camino. ¿Te acuerdas de la venta de Montiel, del hidalgo famoso enjuto de rostro, seco de carnes; de los trabajos que pasaron el bravo caballero andante y su buen escudero, de aquella Maritornes “ancha de cara” y de “un ojo tuerto”, del bálsamo maravilloso de Fierabrás, de las puñadas del arriero despechado y de los candilazos del moro encantado?

El día diez y nueve de noviembre abre sus puertas la ciudad antigua al pueblo curioso de la Habana.

4

Lector: han pasado ya tres siglos... Inclínate ante estas piedras centenarias, que saben nuestra historia, que ahora despiertan para hablarte del pasado con su mudo lenguaje de hermosas piedras patinadas por el tiempo...

La Sociedad Arqueológica te la restituye tal como era nuestra noble y muy leal villa de la Habana en el siglo XVI.

Podrás caminar y soñar,—si pecas de ser un tanto soñador,—por sus calles estrechas y sinuosas, entre sus casas pequeñas, de pardas techumbres achaparradas... Y en el viejo mesón no faltará para tí un "vaso de bon vino"...

L. Cabrera Bilbao.

La Habana, 1922.

*Mu.
Oct. 28/22*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA